

Una visita á la condesa Tolstoi

39

La condesa Tolstoi me había invitado á pasar algunos días en su quinta de Ismaia Poliana y cuando pude, le advertí que me ponía en marcha. No tardé en recibir esta carta:

"Madame:
"Os he mandado un despatcho, temiendo que mi carta no llegase á tiempo.

"Mi marido os agradece mucho, tanto á vos como á vuestro esposo, la amabilidad de venir á vernos y proporcionarnos el placer de oír la música antigua, á que es muy aficionado. El clavecino le interesa particularmente y espera con impaciencia estas audiciones, que tan buenos ratos procurarán á un anciano que ya no puede abandonar su rincón. Los caballos y dos trineos os esperarán, así como á vuestro esposo, en la estación de Chéokino.—Condesa Tolstoi."

Cuando llegamos fué grande mi sor-



El conde y la condesa

La condesa gusta de hablar de su edad. ¿Será por coquetería? Porque es seguro que nadie podrá creer que esa señora de una gracia tan atractiva y de tan vivaz espíritu, haya pasado de los sesenta años.

Ella tenía diez y siete y él treinta y cuatro; la trajo aquí, á Ismaia-Polian, y este templo de la quietud y de la serenidad fué desde entonces el del más tierno amor. ¡Cuánto ha escrito aquí esa noble y bondadosa dama bajo el dictado de su esposo!

—¡Qué hermoso era esto! —dice.—El me dictaba y me daba toda clase de explicaciones. Diga él lo que quiera es un artista ante todo. Yo estimo la generosidad de sus

Ideas, porque labrar la tierra no hay campesino que no sepa hacerlo, pero ¡habrá muchas personas capaces de escribir *La guerra y la paz* ó *Ana Karenine*!

La condesa ha escrito también algunas



La familia de León Tolstoi. Los hijos del gran escritor gustan de tocar en la balalika las antiguas danzas nacionales

presa al encontrar en León Tolstoi el anfitrión más delicadamente previsor, recibiendo con una ausencia de afectación enteramente señorial y una galantería espontánea, que hoy apenas se conocen sino de oídas. No pude menos de hablar de esto á la condesa.

—Es verdad—me dijo—los hombres de hoy rara vez son galantes. Me apercibí de ello hace 10 años, cuando dábamos muchas recepciones. Puede ser que esos señores hayan afectado en casa una falta de finura que no les fuese habitual, para darse aire rústico. Pero el aldeano dista de ser tan mal educado. Y después, la rudeza de los aldeanos puede tener cierto encanto natural, mientras la tos quedad fingida...

novelas, pero jamás ha querido publicarlas.

—Mi marido me animaba—dice—pero yo conozco demasiado la belleza de sus obras para no sentir la debilidad de las mías.

Un día, me extasiaba yo ante la sencillez de la casa y la austereidad de la cámara de la condesa.

—Y decir que se me ha contado que mientras vuestro esposo vive en una choza, vos, por el contrario, recibíais con un lujo espléndido!

La condesa tomó un aire grave.

—Eso se ha dicho y hasta se ha escrito —repuso.— Pero la verdad es que siempre hemos ocupado no sólo el mismo departamen-



La condesa Tolstoi en su salón

(Sigue en la pág. 41.)